



**cep**

Editorial Centro  
de Estudios Políticos

La famosa doctrina referente al papel de las burguesías nacionales, por ejemplo... cuánto papel, cuántas frases, cuántas vanas palabras se han perdido en espera de una burguesía liberal, progresista, antiimperialista... y se dice a numerosas personas que el marxismo es eso y ¿en qué se diferencia eso del catecismo?, ¿en qué se diferencia de una letanía, de un rosario?

FIDEL CASTRO (O.L.A.S., 1968)

**ENSAYOS  
BREVES**

DE ESTUDIOS

INTERDISCIPLINARIOS

\$ 8



**Quién  
es el  
enemigo  
inmediato**

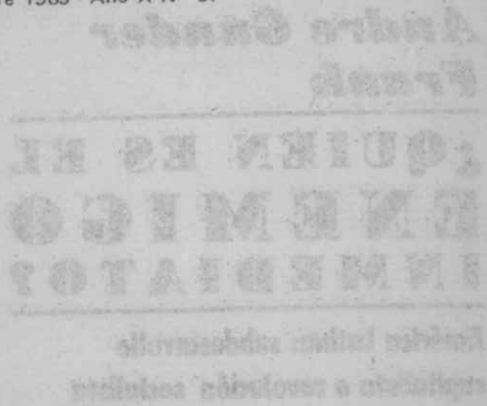


**cep**

Editorial Centro  
de Estudios Políticos

**André Gunder Frank**

1ª edición: Casa de las Américas  
noviembre 1969 - Año X N° 57



Diagramación tapa: Negro Díaz

© 1974

1ª edición: Editorial Centro de Estudios Políticos s.r.l.e.f.  
Derechos reservados que marca la ley.  
Tirada: 4.000 ejemplares.  
Distribución: Interior: D.A.E.S.A., México 1848 Tel.  
37-8691; Cap. Fed.: Rubbo, Av. Garay 4228, Tel.  
923-4725, Buenos Aires.

Distribuyen:

Bajel, Maipú 356  
El Ateneo, Florida 340  
D.A.L.I.A., Belorano 1612  
Tres Américas, Chile 1432  
D.E.R., Corrientes 1582  
Schapiro, Uruguay 1249

Este volumen se vende a precio especial a los compañeros  
trabajadores, sindicatos, organizaciones de masas, partidos  
revolucionarios, juventudes políticas, etc.

Impreso en Argentina  
Printed in Argentina

## Introducción

Expondremos en este ensayo las tesis siguientes:

1. El enemigo inmediato de la liberación nacional en la América Latina es, desde el punto de vista táctico, la burguesía indígena en Brasil, en Bolivia, en México, etc., y la burguesía local agraria latinoamericana. Esto es cierto —y también lo es en Asia y Africa— aunque, estratégicamente, el principal adversario sea sin duda alguna el imperialismo.

2. La estructura clasista latinoamericana ha sido formada y transformada por el desarrollo de la estructura colonial del capitalismo internacional al pasar del mercantilismo al imperialismo. Gracias a esta estructura colonial, las metrópolis —España, Inglaterra, los Estados Unidos— sometieron a Latinoamérica sucesivamente a una explotación económica y a una dominación política que determinaron su actual estructura sociocultural y de clase. La misma estructura colonial se extiende a toda la América Latina, donde las metrópolis nacionales someten a sus centros provinciales y estos a su vez a los centros locales a una especie de colonialismo interno. Como las estructuras están completamente entrelazadas, el hecho de que la estructura de clase latinoamericana esté determinada por el sistema colonial no impide que las contradicciones fundamentales de este continente sean de orden "interno". Lo mismo ocurre en Asia y Africa.

3. Hoy la lucha antimperialista en la América

Latina debe pasar por la lucha de clases. La movilización popular contra el enemigo de clase inmediato en los planos nacional y local engendra una confrontación más dura con el enemigo principal —el imperialismo— que la que lograría la movilización antimperialista directa. La movilización nacionalista que resulta de la alianza política de las fuerzas antimperialistas más amplias no conlleva un desafío adecuado al enemigo de clase inmediato y no desemboca generalmente en el necesario enfrentamiento con el enemigo imperialista. Esta se aplica igualmente a los países neocoloniales de Asia y de África y posiblemente a algunos países coloniales, salvo si están ocupados militarmente por el imperialismo.

4. El hecho de que la lucha de clases coincida en el plano estratégico con la lucha antimperialista, y que en la América Latina la lucha de clases tenga una preminencia táctica, se aplica igualmente a la guerrilla que debe iniciarse contra la burguesía nacional del país y también, en la lucha política e ideológica, que debe ser llevada no sólo contra el enemigo colonial e imperialista, sino contra el enemigo de clase originario del país en cuestión.

¿Quién debe hacer la revolución en la América Latina y contra quién? En respuesta, el Che y el ejemplo que él da nos incitan a llevar a cabo la lucha revolucionaria contra todos los obstáculos —sean cuales fueren y estén donde estén— que pueden encontrarse dentro del mismo imperialismo en el interior de la sociedad latinoamericana, y también en la ideología y la práctica contrarrevolucionarias de ciertos elementos de países socialistas y de partidos marxistas. El Che nos ha dejado la consigna de comenzar a combatir inmediata-

mente al enemigo en el campo de batalla del país y, a partir de ahí, extender la revolución a todas partes. De este campo de batalla nos llega su mensaje a la Tricontinental: "En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas..." El arma del Che es el ejemplo que él nos da, el de un revolucionario que es también un intelectual, antes que el de un intelectual que quiere ser además un revolucionario. En respuesta a una persona que le preguntaba un día lo que podía hacer por la revolución en su condición de escritor, Che respondió: "Yo era médico".

Fidel dedicó su discurso de la OLAS a este asunto y declaró: "¡Cuántas palabras vanas se han pronunciado en espera de una burguesía liberal, progresista y antimperialista! Y nos preguntamos si alguien, a estas alturas, puede creer todavía que exista en este continente una burguesía que desempeñe un papel revolucionario". Y continuaba: "El mundo, y en especial nuestro mundo latinoamericano, necesita ideas directrices... ¡Son éstas las ideas que necesitamos! Y las ideas revolucionarias serán la única guía verdadera de nuestros pueblos". Sin embargo, eso no significa que la acción tiene que esperar el triunfo de las ideas, y este es uno de los puntos esenciales... La acción es uno de los instrumentos más eficaces para llevar el triunfo de las ideas a las masas. Quien espere que las ideas hayan triunfado en las grandes masas para empezar la revolución, no será nunca un revolucionario... Y lo que distingue al verdadero revolucionario del falso es precisamente esto: uno actúa para poner las masas en movimiento, y el otro espera que éstas hayan tomado ya conciencia antes de empezar a actuar.

La OLAS ha sido el reflejo de una lucha ideológica latente y una victoria de las ideas revolucionarias. Estas ideas, simbolizadas por los retratos de Simón Bolívar y de Che Guevara, que dominaron las sesiones de inauguración y de clausura, se resumen de esta forma: para nosotros, la América es nuestra patria, y el deber de todo revolucionario es hacer la revolución apoyándose esencialmente en la lucha armada en la montaña, donde un foco guerrillero representa el núcleo y la simiente del ejército popular de liberación para lograr la toma del poder político y la instauración del socialismo. La OLAS se puso de acuerdo en estos puntos: cualquier forma de lucha diferente, tanto política como ideológica, debe contribuir a desarrollar y no a debilitar la lucha armada fundamental; y, como lo sugiere Fidel, este movimiento popular en la América Latina es mucho más amplio que el que se habría formado exclusivamente por los partidos comunistas.

Régis Debray expresa algunas ideas complementarias: según él, en las actuales circunstancias de la América Latina, un foco que una y ejerza simultáneamente la dirección política y militar en un marco rural debe anteponerse a la formación de un partido de masas en un medio urbano. Estas ideas revolucionarias deben reafirmarse ahora, y la lucha revolucionaria debe extenderse; ya que el imperialismo no sólo trata de explotar el asesinato del Che, sino también, en la lucha ideológica incesante de la que habla Fidel, con seguridad algunos señalarán que esas ideas revolucionarias carecen de realismo. Sin embargo, tanto el compromiso revolucionario como la experiencia política y el estudio científico de la historia y de la realidad latinoamericanas confirman la validez y la vitalidad de estas ideas. Al mismo tiempo, ellas deben extenderse y ampliarse por una actividad

revolucionaria más dinámica, gracias a la práctica militar y política y, a la vez, gracias también a la investigación científica y al desarrollo de la teoría y de la ideología revolucionaria. Es este el desafío lanzado al revolucionario, al intelectual revolucionario, al revolucionario intelectual, e incluso al intelectual no revolucionario de la América Latina, y sobre todo al especialista en ciencias sociales, porque, si éste debe ser responsable, es decir, si debe ser un intelectual en el más amplio sentido de la palabra, él mismo debe ser capaz de enfrentarse a los problemas políticos fundamentales de su sociedad, cualquiera que sea su posición política personal al respecto.

La pregunta política fundamental: ¿quién debe hacer la revolución y contra quién?, puede hacerse de esta forma: ¿cuál es el principal enemigo y cuál es el enemigo directo? Todos los revolucionarios del mundo, e incluso numerosos reformistas, se ponen de acuerdo para decir que el principal enemigo es el imperialismo. Pero, ¿cuál es el enemigo inmediato, el que se debe combatir en primer término en la lucha revolucionaria? ¿Será también el imperialismo y la burguesía metropolitana; o acaso la burguesía latinoamericana (brasileña, peruana, argentina, mexicana) y de hecho incluso la burguesía rural latinoamericana?

¿Se debe movilizar la mayor fuerza popular contra los puntos más débiles del sistema imperialista capitalista y concentrarla contra el imperialismo como enemigo principal, o aquella debe dirigirse contra la burguesía latinoamericana considerada como el enemigo principal? En el plano ideológico, ¿debe esta lucha revolucionaria limitarse al campo de batalla colonial del nacionalismo, o debe extenderse a la lucha de clases por el socialismo?

Para responder a esta pregunta, es preciso dis-



tinguir la estructura colonial (o neocolonial) de la estructura de clases en la América Latina. La estructura de clases puede definirse según las relaciones de los individuos con los medios de producción y según su participación en el proceso de producción en cualquier nivel de que se trate. La estructura colonial vincula un lugar, un sector, o un grupo técnico o racial identificable con otro. El sistema capitalista tiene una estructura colonial que permite a la metrópoli imperialista explotar sus colonias latinoamericanas y otras (y su colonia afronorteamericana interna); y —gracias al “colonialismo interno”— las metrópolis nacionales de la América Latina pueden explotar los centros provinciales y estos a su vez sus respectivas regiones, en una especie de cadena colonial que se extiende sin interrupción del centro imperialista a la región rural más aislada de la América Latina y de otros países subdesarrollados.

Esta distinción no tiende a sugerir que las estructuras coloniales y de clase están separadas, sino, por el contrario, a mostrar cómo éstas están determinadas mutuamente o ligadas entre sí, y a descubrir dónde y cómo se las puede combatir. La investigación científica, histórica y social, según los análisis que aparecen a continuación demostrará sin duda que, a lo largo de la historia latinoamericana, las relaciones de producción y de distribución coloniales y neocoloniales entre la metrópoli mercantil capitalista o imperialista y la América Latina (y también entre las metrópolis nacionales latinoamericanas y las colonias internas en sus regiones respectivas) han moldeado la estructura de clases de la América Latina a la vez en el plano nacional y en el plano local, en vez de lo contrario. De modo que sugerimos aquí —aunque eso pueda parecer paradójico— que la movi-

lización popular contra el enemigo de clase inmediato en los planos local y nacional en la América Latina, engendra una oposición más vigorosa y una mayor confrontación con el enemigo principal colonial o imperialista que la lograda por la movilización directa contra el enemigo imperialista; y que la movilización nacionalista contra el imperialismo como principal enemigo no permite hacer frente de forma adecuada al enemigo de clase capitalista en la América Latina en el nivel local o nacional. Aunque el imperialismo sea el enemigo principal, él debe ser combatido por la vía de la lucha contra el enemigo de clase en el país mismo.

Esta proposición, que parece contradecir los principios en general muy aceptados de la política revolucionaria en la América Latina, no es en absoluto, como algunos podrían creerlo, un intento de debilitamiento o de diversión de la lucha antimperialista indispensable en la América Latina. Ella exige una discusión y una investigación científica de las condiciones latinoamericanas tal y como lo vamos a proponer. Y el testimonio de la experiencia revolucionaria viene a reforzar esta sugerencia: el enfrentamiento del pueblo cubano con el imperialismo nació de la movilización popular contra el enemigo de clase cubano, a la vez en la Sierra Maestra y en La Habana, y no lo contrario. La Revolución de Octubre, que dio origen a la contradicción y al enfrentamiento del socialismo con el imperialismo, fue el resultado de la lucha contra el enemigo de clase en el interior del país, y conllevó la neutralización parcial del imperialismo después de Brest-Litovsk. Y varios fracasos de la revolución socialista deben ser atribuidos al hecho de que el enemigo extranjero fue sobrestimado, mientras que el interno fue ignorado. Incluso el enfrentamiento, en Santo Domingo,

entre las fuerzas constitucionalistas y el imperialismo no tuvo lugar hasta que éstas provocaron al enemigo de clase local. Pero, a causa de la estructura colonial del sistema capitalista interno e imperialista, y gracias al esfuerzo recíproco de las estructuras coloniales y de clases, el derrocamiento popular de la burguesía e incluso el desafío popular lanzado a su hegemonía obliga a las fuerzas imperialistas a tomar parte en la lucha. Sin embargo, a no ser que éstas se encuentren ya en el interior del país como fuerzas militares de ocupación, como sucedió en China, en Yugoslavia o en Viet Nam, o como ocurre en un país colonial (y no neocolonial), las fuerzas imperialistas pueden ser afectadas mucho más por la lucha contra el enemigo de clase inmediato dentro del país que por los intentos nacionalistas de coalición de clases con vistas a movilizar al pueblo contra un enemigo imperialista situado en el exterior, que a menudo parece demasiado abstracto. En los sectores rurales, en particular, la gente desearía —y uno debería pedirselo— luchar contra el enemigo de clase inmediato que la oprime, antes que contra un enemigo extranjero que no ve ni conoce. Y la estrategia del foco guerrillero, por supuesto, debe ser dirigida contra el enemigo de clase inmediato, debe movilizar al pueblo contra éste no sólo en la capital nacional, sino en la zona misma de la guerrilla local. De este modo, y sólo así, se producirá con bastante rapidez el verdadero enfrentamiento al imperialismo.

¿Cuál es, pues, la estructura colonial y de clases en la América Latina? ¿Cuáles son sus características en las diferentes partes del Continente? ¿Cuáles son sus relaciones con el sistema imperialista en su conjunto? Y ¿cómo la explotación colonial y social en la América Latina puede y debe convertirse en revolución?

La América Latina y otras partes del mundo subdesarrollado fueron, hace mucho tiempo, incorporadas a la economía mercantil capitalista en expansión y luego al sistema imperialista como colonias políticas y/o económicas. Toda comprensión adecuada de los caracteres económicos, sociales, políticos y culturales de la América Latina y de las demás regiones subdesarrolladas exige, por consiguiente, un examen científico, no sólo de sus sociedades en sí mismas, sino también de la estructura colonial y social de ese sistema mundial en su conjunto. Este estudio, a la vez en sus aspectos históricos y contemporáneo, debe realizarse precisamente por historiadores y especialistas en ciencias sociales de esos países subdesarrollados, si estos desean comprender sus propias sociedades. Este es tanto más necesario cuanto que el análisis de la capacidad de producción y de las relaciones del capitalismo y del imperialismo, incluso el que ha sido llevado a cabo por la mayoría de los marxistas, se ha hecho hasta ahora desde un punto de vista metropolitano, habiéndose considerado a los países colonizados más bien como anexos que como parte integrante de la estructura y del desarrollo de ese sistema capitalista. La deformación del aspecto general y del análisis del capitalismo que de ello resulta debe corregirse, en particular por especialistas en ciencias sociales

procedentes de los países capitalistas subdesarrollados, gracias a un examen científico ejecutado con una perspectiva universal, que corresponda a la realidad mundial del capitalismo.

La situación y el subdesarrollo actuales de la América Latina se deben a su integración al sistema capitalista mercantil e imperialista mundial. Para comprender esta realidad y analizar las causas de ese subdesarrollo, basta con examinar científicamente la participación latinoamericana en el proceso histórico, e incluso contemporáneo, del desarrollo capitalista mundial. Esto es evidentemente lo que sucede en esas regiones de la América Latina que comprenden la mayoría de su población y de sus territorios, en especial el Caribe, Brasil y los países del Cono Sur, donde el proceso histórico ha sobrepuesto la sociedad actual en lo que era prácticamente una tábula rasa, sin población, o con una población inmediatamente sustituida a la llegada de los europeos. Sin embargo, la sociedad contemporánea de la América Latina, en la que vivían cerca de cincuenta millones de descendientes de la población precolombina, no ha dejado de ser moldeada por el mismo proceso histórico: los aborígenes entregaron involuntariamente sus tierras y su trabajo para el desarrollo de las metrópolis nacionales y ultramarinas, durante los períodos colonial, nacional, e incluso durante la época contemporánea. Pretender que estos aborígenes no han sido afectados por ese proceso histórico o que se encuentran aislados de la sociedad capitalista latinoamericana y mundial actual es algo opuesto a toda realidad histórica y contemporánea.

La estructura de clases en la América Latina ha sido esencialmente, a lo largo de ese proceso, el producto de la estructura colonial que las metrópolis ibérica, y más tarde inglesa y norteameri-

cana, han impuesto e impreso en esta región con las intenciones, logradas, de convertir a sus habitantes en los productores y en los proveedores de materias primas y de capital, en el proceso mundial de producción que conduce al desarrollo económico de las metrópolis. De ese modo, y esto es cierto, no sólo a nivel nacional, sino también en el plano local, la América Latina ha llegado a tener, y tiene aún, la estructura de clases de una economía de exportación colonial o neocolonial. Ferrer apunta:

Las minas, la agricultura tropical, la pesca, la caza y la explotación forestal (que sin excepción están vinculadas fundamentalmente a la exportación) han sido las industrias desarrolladas en las economías coloniales y, como tales, han atraído el capital disponible y los recursos de trabajo (...) Los grupos que tenían intereses en la exportación eran los comerciantes y los propietarios que disponían de cuantiosas ganancias, los altos funcionarios de la corona y las personalidades eclesiásticas. Estos sectores de la población (...) representaban a la vez el mercado colonial interno y la fuente de la acumulación de capitales (...) mientras mayor era la concentración de riquezas en manos de un pequeño grupo de propietarios, de comerciantes y de políticos influyentes, mayor aún era la tendencia a procurarse en el extranjero bienes de consumo y objetos manufacturados (...) De este modo, el sector de la exportación, por su naturaleza misma, no permitía la transformación del sistema en su conjunto (...) Por el contrario, impedía la diversificación de la estructura de producción interna y, por consiguiente, la elevación de los niveles técnico y cultural de la

población que de ello resulta; aquél paralizaba también el desarrollo de grupos sociales vinculados con la evolución de los mercados internos y con la búsqueda de nuevos campos de exportación liberados de la autoridad metropolitana.<sup>1</sup>

La estructura de subdesarrollo dirigía gran parte del capital potencialmente susceptible de ser invertido hacia las minas, la agricultura, el transporte y las empresas comerciales para la exportación hacia la metrópoli, y casi todo lo demás hacia las importaciones de lujo procedentes de la misma; sólo una pequeña parte se destinaba a la fabricación y al consumo vinculados con el mercado interno. A causa del comercio y de los capitales extranjeros, los intereses económicos y políticos de la burguesía minera, agrícola y comerciante no descansaban en el progreso interno.<sup>2</sup>

Las relaciones de producción y la estructura de clase de los latifundios y de las minas, con su trasfondo económico y social, han evolucionado para responder a las necesidades de explotación colonialista de las metrópolis de la América Latina y de allende los mares. Aquellas no han sido, como se ha sostenido a menudo, pero falsamente, el resultado del traslado de las instituciones feudales de la Península Ibérica durante el siglo XVI. El desarrollo de esa estructura de clase y sus consecuencias económicas y políticas exigen, aún en

<sup>1</sup> Aldo Ferrer: *The Argentine economy* (La economía argentina), Berkeley, University of California Press, 1967. La cita está sacada de la edición española, p. 31-32.

<sup>2</sup> Andre Gunder Frank: *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York, 1967.

nuestros días, algunas investigaciones suplementarias.

Sin embargo, aun sobre la base de los hechos conocidos hoy universalmente, se puede afirmar con confianza que la estructura de clases y las relaciones de producción de los latifundios en los siglos XIX y XX en Cuba, en la Argentina, en la costa peruana, en las plantaciones de café de Sao Paulo, así como la reforma postagraria contemporánea del norte de México, no tienen nada que ver en absoluto con instituciones feudales que pudieron haber sido importadas de la Península Ibérica en la época colonial (como tampoco, por lo demás, las instituciones análogas de las Indias Occidentales Británicas). Como lo he sostenido en otra parte, el mismo fenómeno aparece exactamente en Chile en el siglo XVIII, en México en el siglo XVII y en otros países también. En realidad, lo que requiere un estudio más profundo, son las exigencias de producción y las exigencias comerciales del sistema colonial capitalista mercantil e imperialista, que han moldeado la estructura de clase esencialmente capitalista de las regiones de exportación agrícola y minera. Las consecuencias de la introducción de la industria moderna en esta estructura colonial y clasista serán examinadas más adelante.

Hasta la aparición del imperialismo, la única excepción de esta regla había sido el debilitamiento de los vínculos del comercio exterior y de los vínculos financieros durante las crisis o las guerras metropolitanas, como las del siglo XVII, y la ausencia inicial de vínculos suficientemente eficaces entre las metrópolis y regiones aisladas que no exportaban al exterior. Eso permitía una acumulación temporal de capital, y el desarrollo industrial con vistas al mercado interno, como ocurrió en el siglo XVIII en Sao Paulo (Brasil), Tucumán y otros lugares



de la Argentina, Asunción (Paraguay), Querétaro y Puebla en México, etc.

Durante la era colonial de desarrollo capitalista, la contribución de las finanzas extranjeras era, pues, esencialmente un estímulo suplementario para el saqueo de los recursos, la explotación del trabajo y el comercio colonial, que fomentaban el desarrollo de la metrópoli europea y al mismo tiempo el subdesarrollo de los satélites latinoamericanos.

El poder político y económico de la Gran Bretaña y la independencia política de la América Latina tras las guerras napoleónicas, dejaron decidir sobre el futuro de la América Latina a tres grupos de intereses principales y antagónicos:

1. Los representantes de los intereses agrícolas, mineros y comerciales de la América Latina, que se esforzaban por mantener el subdesarrollo y querían tan sólo desplazar a sus rivales ibéricos de sus posiciones privilegiadas.
2. Los grupos de intereses industriales de las regiones ya mencionadas y de otras regiones internas, que se esforzaban por defender el crecimiento de su economía, con débil expansión, contra la invasión del libre cambio y del financiamiento extranjero.
3. Los ingleses victoriosos, y en plena industrialización, cuyo ministro de Asuntos Extranjeros Lord Canning, señalaba en 1824: "La América española es libre y, si no desaprovechamos la situación, será inglesa". De este modo, los campos estaban delimitados por la alianza de las burguesías tradicionales latinoamericanas importadoras y exportadoras y las burguesías comerciantes e industriales de la Metrópoli, naturalmente contra los industriales nacionalistas y provinciales de la América Latina. El resultado estaba de antemano prácticamente deter-

minado por el proceso histórico pasado del desarrollo capitalista, que lo tenía todo de su parte.

Durante el período que se extiende de 1825 hasta 1845 ó 1850, en numerosos países los intereses nacionalistas internos pudieron forzar aún a su gobierno a imponer tarifas proteccionistas. La industria, la navegación con bandera nacional y otras actividades generadoras de desarrollo mostraron un renuevo de vitalidad. Al mismo tiempo, los mismos latinoamericanos volvieron a explotar antiguas minas, abrieron otras nuevas y empezaron a desarrollar los sectores de exportación agrícola y otros productos básicos. Con el objeto de permitir y de ayudar al crecimiento económico interno y a su vez respondiendo a la creciente demanda exterior de materias primas, los liberales reclamaban reformas agrarias y una inmigración que aumentara la fuerza de trabajo del país y ampliara el mercado interno. Las burguesías latinoamericanas que practicaban la exportación e importación con la metrópoli, y sus aliados nacionales explotadores de las minas y de la agricultura, se opusieron a ese desarrollo capitalista autónomo, que, gracias a la protección arancelaria, se efectuaba en detrimento de sus propios intereses; combatieron victoriosamente a los nacionalistas provinciales y a las industrias, en las guerras civiles federalistas-unitarias de los años treinta y cuarenta. Las potencias metropolitanas ayudaban a sus jóvenes asociados comerciales de la América Latina con la entrega de armas, el bloqueo naval y, cuando se hacía necesario, con la intervención militar directa y la instigación de nuevas guerras, como sucedió con la triple alianza contra el Paraguay, que debía costar a este estado los 6/7 de su población masculina, movilizada para la defensa de su ferrocarril de financiamiento nacional, y un esfuerzo de desarrollo económico realmente independiente y autónomo.

El comercio y la espada preparaban a la América Latina para el libre cambio con la metrópoli; para lograr esto, era preciso eliminar la competencia del impulso industrial de este Continente. Habiendo vencido los grupos cuyos intereses económicos se proyectaban hacia el exterior a los que se proyectaban hacia el interior, los estados de la América Latina debían estar subordinados cada vez más a la metrópoli. Sólo entonces el comercio sería liberado y las finanzas extranjeras se harían dueñas de la situación. Un nacionalista argentino de la época apuntaba:

Después de 1810 (...) la balanza comercial del país ha sido siempre deficitaria, y al mismo tiempo, los comerciantes locales han sufrido pérdidas irreparables. La exportación en gran escala y el comercio de importación al pormenor habían pasado a manos extranjeras. Inevitablemente se llega a la conclusión de que la penetración extranjera en el país tuvo nefastas consecuencias. Aquellas desplazaron a los nativos no sólo del comercio, sino también de la industria y de la agricultura,

y otro agregaba:

No es posible que Buenos Aires haya sacrificado su sangre y su fortuna para sólo convertirse en el consumidor de los productos y de los objetos manufacturados procedentes del extranjero ya que ello es degradante y no corresponde a las grandes posibilidades que la naturaleza ha brindado a este país (...). Es falso admitir que la protección engendra el monopolio. El hecho es que la Argentina, que ha estado bajo el régimen del libre cambio durante más de veinte años, está hoy controlada por un puñado de extranjeros. Si la pro-

tección desplazara a los comerciantes extranjeros de sus posiciones de preponderancia económica, el país debería estar satisfecho por haber dado el primer paso hacia la reconquista de su independencia económica (...). La nación está obligada a restringir la libertad del comercio, puesto que sólo esta restricción hará posible la expansión industrial: ella no debe seguir soportando el peso del monopolio extranjero que ahoga todo intento de industrialización.<sup>3</sup>

Y sin embargo, ¡nada ha hecho!

De acuerdo con el correcto análisis que presenta Burgin en su estudio sobre el federalismo argentino:

El desarrollo económico de la Argentina post-revolucionaria, ha estado caracterizado por un desplazamiento del centro de gravedad económico del interior hacia la costa, debido a la rápida expansión de la segunda y la decadencia simultánea del primero. El carácter desigual del desarrollo económico se expresó, en cierta medida, por un desequilibrio que aumentó por sí mismo. El país se dividió en provincias ricas y pobres. Las del interior se vieron obligadas a ceder partes cada vez más considerables de la ganancia nacional a Buenos Aires y a las demás provincias del Este.<sup>4</sup>

En Brasil, en Chile, en México, en toda la América Latina, industriales patriotas y economistas pre-

<sup>3</sup> Citado por Miron Burgin en *The economic aspects of Argentine federalism, 1820-1852*, Cambridge, Harvard University Press, 1946. p. 234.

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 81.

visores denunciaron al unísono ese mismo proceso inevitable de subdesarrollo capitalista. Pero en vano: el desarrollo capitalista mundial y la espada habían puesto la libertad de comercio en la orden del día. Y con ella vinieron los capitales extranjeros.

El libre cambio, como bien lo señaló el nacionalista alemán Friedrich List, se convirtió en la principal exportación inglesa. No fue por gusto que el liberalismo de Manchester surgió en Cottonopolis. Pero, como observó Claudio Véliz, él fue acogido con entusiasmo por los tres sectores de la economía y de la política latinoamericanas que sobrevivieron desde los tiempos coloniales, vencieron a sus rivales internos partidarios del desarrollo nacional y se apoderaron de los estados latinoamericanos. Por supuesto, eran los aliados y los servidores de los intereses metropolitanos extranjeros; se apoyaban en el libre cambio para asegurar a los extranjeros y a sí mismos el monopolio nacional.

No debemos sorprendernos —sino sólo deplorar—, desde el punto de vista de la realidad histórica y de las realidades políticas e ideológicas actuales, si la mayoría de las interpretaciones de todos los acontecimientos latinoamericanos se deben a contemporáneos liberales interesados y a historiadores que han creado nuestra visión de esos acontecimientos según sus propios intereses. Desgraciadamente, los marxistas, que fundamentaron su estudio sobre la teoría de la metrópoli, se fiaron también de las explicaciones de los liberales para su análisis. En consecuencia, de ese modo han presentado muy a menudo ideas liberales bajo una etiqueta marxista. La política revolucionaria actual sacaría ciertamente provecho de una reinterpretación marxista realmente científica de figuras históricas como Rosas y Rivadavia en la Argentina, los doctores Francia y López, padre e hijo, en Paraguay, Rengifo y Balmaceda en Chile, Maua y Nabuco en

Brasil, Mora o Lucas Alamán y Juárez en México, y de sus estrategias política y económica respectivas. Algunos de estos hombres parecen haber tratado de realizar, desde comienzos del siglo XIX, el programa de industrialización nacional, programa para el cual algunos grupos de intereses tratan todavía de buscar un apoyo popular en la América Latina a finales del siglo XX.

El período que acabo de describir preparó el camino para la llegada del imperialismo y de sus nuevas formas de inversión extranjera, a la vez en la Metrópoli y en la América Latina; el libre cambio y las reformas liberales agrarias concentraron las tierras en número menor de manos, aumentando de ese modo el número de trabajadores agrícolas y de desempleados y apresurando la aparición de gobiernos dependientes de la metrópoli; estos dieron entrada no sólo a un mayor comercio metropolitano, sino a nuevos capitales de inversión imperialista que no tardaron en sacar ventaja de esa evolución.

La nueva demanda metropolitana y la rentabilidad de la producción y de la exportación de materias primas en la América Latina atraieron los capitales privados y públicos de esta región, y estos reforzaron la infraestructura necesaria a esa producción destinada a la exportación. En Brasil, en la Argentina, en Paraguay, en Chile, en Guatemala y en México, es gracias al capital doméstico o nacional que se construyó el primer ferrocarril de cada uno de esos países. En Chile, fue de la misma forma como se abrieron las minas de nitrato y de cobre, que debían convertirse en los primeros proveedores del mundo en abono comercial y en el metal rojo; en Brasil, las plantaciones de café que alimentaban casi todas las mesas de la tierra. Fue sólo después que esos negocios se revelaron como algo próspero —y cuando Inglaterra fue obligada a buscar mer-

cados para su acero— que el capital extranjero penetró en esos sectores y se apoderó de la propiedad y de la dirección de esas empresas, en su origen, puramente latinoamericanas, adquiriendo —a menudo con fondos latinoamericanos— las concesiones autóctonas.

En la América Latina, esas finanzas y ese comercio imperialistas no sólo acumularon cerca de 10,000 millones de dólares en fondos dedicados a inversiones. La metrópoli imperialista utilizó su comercio exterior y sus capitales para penetrar en la economía de la región en forma mucho más completa; empleó el potencial de producción de la América Latina en forma mucho más eficaz y exhaustiva, con vistas al desarrollo de la metrópoli, de lo que había podido hacerle la metrópoli colonial. Como lo señaló Rosa Luxemburgo, respecto a un proceso similar en otra parte del globo:

Una vez puestas en evidencia, esas relaciones consisten en el simple hecho de que el capital europeo absorbió ampliamente la economía campesina egipcia. Enormes cantidades de tierra, de trabajo, e innumerables productos de éste vueltos a mano del estado en forma de impuestos fueron convertidos por último en capital europeo y se acumularon.<sup>5</sup>

En realidad, el imperialismo fue mucho más lejos en la América Latina. No sólo utilizó al estado para invadir la agricultura, sino se apoderó de la casi totalidad de las instituciones económicas y políticas, con el objeto de integrar toda la economía al sistema imperialista. Los latifundios se desarrolla-

<sup>5</sup> Rosa Luxemburgo. *The accumulation of capital*, New York, *Monthly Review Press*, 1964, p. 438.

ron con un ritmo y con unas proporciones desconocidas hasta entonces, sobre todo en la Argentina, Uruguay, Brasil, Cuba, México y la América Central. Con la ayuda de los gobiernos latinoamericanos, los extranjeros lograron adquirir —a menudo por casi nada— inmensas extensiones de tierra. Y en aquellos lugares donde no consiguieron tierra, consiguieron los productos; en efecto, la metrópoli se apoderó asimismo de la comercialización de los productos agrícolas y otros, y la monopolizó. Obtuvo las minas latinoamericanas y aumentó su rendimiento, agotando a veces de ese modo en pocos años recursos insustituibles, como los nitratos de Chile. Para sacar esas materias primas de la América Latina y para introducir en ésta sus equipos y sus mercancías, la metrópoli fomentó la creación de puertos, ferrocarriles y servicios públicos indispensables para su funcionamiento. El sistema ferroviario y el sistema eléctrico, lejos de existir en forma de sistemas, eran en realidad en forma de ramales, y comunicaban el interior de cada región y a veces de varios estados con el puerto de entrada y de salida, el cual, a su vez, estaba en contacto con la metrópoli. En la actualidad, ochenta años más tarde, gran parte de esas instalaciones de importación y exportación subsisten todavía, por un lado porque los ferrocarriles siguen siendo creados de la misma forma, y, sobre todo, porque el desarrollo urbano, económico y político, en función de la metrópoli, el cual había sido favorecido por el imperialismo del siglo XIX, dio origen a intereses de clase poderosos que, con el auxilio de la metrópoli, lograron mantener y extender el subdesarrollo latinoamericano el siglo XX.

Creadas durante la era colonial y reforzadas en la era del libre cambio, las estructuras coloniales y clasistas del subdesarrollo se consolidan en la



América Latina por el comercio y las finanzas imperialistas del siglo XIX. La América Latina fue convertida en una economía de exportación que descansaba en un solo producto básico, con sus latifundios y su proletariado rural expropiado, o incluso con su lumpenproletariado explotado por una burguesía subordinada que actuaba a través del estado corrompido de un país ficticio: *El México bárbaro*,<sup>6</sup> las "repúblicas bananeras" de la América Central, que no son establecimientos comerciales pertenecientes a sociedades, sino países en manos de sociedades, "la inexorable evolución de los latifundios: superproducción, subordinación económica y pobreza creciente en Cuba";<sup>7</sup> "la Argentina británica" y "el Chile patológico", acerca del cual el historiador Francisco Encina escribió en 1912 con el título de *Nuestra inferioridad económica, sus causas y sus consecuencias*:

nuestro desarrollo económico durante los últimos años hace surgir síntomas que caracterizan una situación realmente patológica. Hasta mediados del siglo XIX, el comercio exterior de Chile estuvo casi exclusivamente en manos de los chilenos. En menos de cincuenta años, el comercio extranjero ha ahogado prácticamente nuestras iniciativas comerciales nacientes, fuera de nuestras fronteras e incluso en nuestro propio territorio: nos ha desplazado del comercio internacional y nos ha sustituido en gran parte en el comercio menor (...). La marina mercante se

<sup>6</sup> John Kenneth Turner: *México bárbaro*, México, Ediciones del Instituto de la Juventud Mexicana, 1964.

<sup>7</sup> Ramiro Guerra y Sánchez: *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, 1927.

encuentra en una difícil situación y sigue cediendo terreno a la marina extranjera aun en la navegación costera. La mayoría de las compañías de seguros que funcionan en nuestro país tienen su casa matriz fuera de nuestras fronteras. Los bancos nacionales han cedido y continúan cediendo terreno a sucursales de bancos extranjeros. Una parte cada vez más considerable de bonos de las instituciones de ahorro pasa a manos de extranjeros que viven fuera del país.<sup>8</sup>

Con el desarrollo del imperialismo en el siglo XIX, las inversiones extranjeras terminaron por desempeñar un papel casi equivalente al del comercio extranjero, y lograron unir la América Latina al desarrollo capitalista y transformar su economía, su sociedad y su política hasta que la estructura del subdesarrollo latinoamericano se hubiera consolidado firmemente.

<sup>8</sup> Francisco Encina: *Nuestra inferioridad económica. Sus causas y consecuencias*, Santiago de Chile, 1912.

En la América Latina, la Primera Guerra Mundial había distendido los lazos que unían las economías satélites con la metrópoli desde el punto de vista financiero y comercial, con posterioridad a lo cual (como ya se había producido y se seguiría produciendo), los latinoamericanos desarrollaron su propia industria, sobre todo en el campo de los productos de consumo interno. Tan pronto como terminó la guerra, la industria de la metrópoli, con centro cada vez con más frecuencia en los Estados Unidos, inició su expansión, precisamente en esas regiones y sectores, sobre todo en el sector de la producción de bienes de consumo. Esto fue lo que ocurrió en Buenos Aires y Sao Paulo, donde los latinoamericanos acababan de crear una industria con un rendimiento prometedor. Allí, las firmas gigantes británicas y norteamericanas, apoyadas por su potencia política, tecnológica y financiera sustituyeron a la industria local —es decir, le hicieron perder a ésta su carácter nacional—. Las crisis de la balanza de pago que siguieron inevitablemente a este hecho, fueron resueltas por los empréstitos extranjeros destinados a cubrir los déficits de la América Latina y a obtener concesiones gubernamentales que permitieron aumentar la penetración de la metrópoli en las economías latinoamericanas.

La crisis de 1929, contrariamente a la teoría del comercio internacional, pero de acuerdo en ese sentido con precedentes históricos, redujo de forma drástica las inversiones extranjeras al mismo tiempo que el comercio exterior, los precios e incluso el traslado de los recursos de los países satélites hacia la metrópoli. Este debilitamiento de los vínculos

económicos y la reducción de las intervenciones políticas metropolitanas impuestas por la Depresión de 1930, continuaron durante la Recesión de 1937, durante la Segunda Guerra Mundial y el período de reconstrucción que la siguió, hasta comienzos de los años 1950. Eso creó las condiciones económicas y permitió los cambios políticos en la América Latina que condujeron a la más extrema política nacionalista y a la corriente más importante de industrialización independiente desde los años 1830 y 1840, y tal vez incluso desde los orígenes.

Resulta indispensable comprender que las recientes transformaciones en la estructura de clase en el Brasil, en la Argentina, en Chile, en Venezuela, en México y en otras regiones de la América Latina han ocurrido en el seno de su estructura colonial interior y exterior, con el objeto de responder realmente a los cambios operados por la metrópoli en las relaciones coloniales, y conviene interpretar también esas modificaciones de la estructura de clase en relación con la estructura colonial subyacente. Esta tarea atañe en primer término a los sociólogos latinoamericanos y a los demás intelectuales que han logrado liberarse de toda subordinación ideológica y política con respecto al orden burgués.

El impacto económico provocado por la severa reducción de la capacidad de importación latinoamericana, la disminución de las exportaciones de objetos manufacturados procedentes de la metrópoli, e inversiones y empréstitos extranjeros que resultan de la gran depresión metropolitana, tuvieron consecuencias ulteriores muy importantes desde el punto de vista económico y político en numerosos países de la América Latina. Resulta indispensable comprender a la vez la extensión y los límites de esas consecuencias, con el fin de discernir exactamente los

problemas políticos y económicos actuales. La depresión modificó tan profundamente la ganancia nacional y su distribución en la América Latina, que el aparato institucional existente no estuvo en condiciones de realizar los ajustes necesarios. Hubo revoluciones en 1930 o poco después en el Brasil, en la Argentina, en Chile, en Cuba, y la Revolución Mexicana de 1910, que casi se había estancado, cobró nuevos impulsos. La agitación revolucionaria estremeció otras partes del Continente. Los grupos de intereses vinculados con la exportación metropolitana fueron obligados a formar una coalición con los grupos de intereses industriales aún débiles y (por lo menos en el Brasil) con los nuevos grupos de intereses regionales, que buscaban posiciones en el gobierno. Algunas contrarrevoluciones que representaban parte de los intereses tradicionales surgieron en los dos o tres años posteriores; ellas triunfaron parcialmente en Chile y en Cuba, pero no en los tres países principales de la América Latina. En todas partes, el debilitamiento de los vínculos económicos coloniales con la metrópoli y, en general (exceptuando a Cuba), la parálisis relativa de la intervención política imperialista, consecuencia de la depresión metropolitana, también echaron las bases económicas y políticas de nuevas relaciones de clase y de una política de industrialización. Mientras los gobiernos nacionales protegieron los intereses de la exportación (como hizo el gobierno brasileño al apoyar los precios del café), esos grupos de intereses estaban dispuestos a (e incluso a veces ansiosos de) permitir el avance de la industria local en el momento en que, de todas formas, la depresión había arruinado la exportación.

Algunos países de la América Latina empezaron a producir en su territorio los bienes de consumo que importaban hasta entonces. Pero ese proceso de

“sustitución de importaciones” conllevaba dos limitaciones internas mayores que procedían de la estructura de clase vigente. Fue preciso, en primer término, tener en cuenta la distribución de las ganancias y de la demanda existente. Eso significaba que debían concentrarse en los bienes de consumo y trabajar particularmente para el mercado de grandes ganancias. Sin un cambio muy considerable de la estructura de clase y de la distribución de las ganancias, el mercado interno no podía desarrollarse con suficiente rapidez como para mantener indefinidamente el proceso de sustitución de importaciones. Por la misma razón, ellos no fabricaban suficiente material industrial o, mejor, bienes de producción (sector I según la terminología marxista), aun cuando estaban obligados a importar cada vez más bienes de ese tipo, con la sola intención de poder continuar manteniendo la sustitución de importaciones.

Dicho de otro modo, acabaron por sustituir, sencillamente, ciertos productos por otros. Eso restableció su independencia con respecto a la metrópoli y condujo a la renovación de la inversión extranjera. Para evitar esas dos limitaciones, esos países hubieran debido seguir el modelo de industrialización soviética de acuerdo con el cual el estado, antes que la demanda del consumidor, determina los productos que hay que producir en primer lugar. Pero para lograr eso, les hubiera hecho falta un estado soviético, es decir, una estructura de clases socialista. La política de esos estados durante los años treinta sobrevivió algún tiempo a la depresión, porque la Segunda Guerra Mundial, aunque hubiera mejorado las exportaciones, no había permitido renovación de esas importaciones procedentes de la metrópoli. Pero el fin de la guerra de Corea puso término a esa luna de miel latinoamericana, durante la cual los intereses de los

exportadores coloniales habían mantenido una unión difícil con los intereses industriales burgueses nacionales y un proletariado industrial en expansión, y habían dado origen a una industria nacional deformada, habiéndose realizado todo eso con la reticente bendición del imperialismo.

Resulta de particular importancia el comprender no sólo los éxitos sino las limitaciones de ese período, ya que dos de los principales problemas políticos de nuestro tiempo proceden de la sobrevivencia de esa industria nacional deformada y de los intentos realizados por algunos para darle un nuevo impulso vital, o para producir en la actualidad otro descendiente del mismo tipo. Ese período vio desarrollarse los movimientos políticos e ideológicos de Vargas, Perón, Cárdenas, Haya de la Torre, Aguirre Cerda, Betancourt, Figueres, Arévalo-Arbenz (y también de Gandhi y de Nehru en otra zona del mismo sistema colonial mundial). Esa fue la época del nacionalismo económico, del desarrollo nacional y, en algunos casos, del crecimiento de la clase obrera urbana y de los sectores intermedios, del reformismo demócrata, del *Welfare State* y del populismo asociado con los nombres que acabamos de citar (exceptuando a Haya, que no logró nunca tomar la dirección del gobierno, y Betancourt, evidentemente durante su primer período presidencial). Esas etapas de desarrollo requieren un estudio más profundo, en particular para explicar sus diferencias de fechas y de envergadura. ¿Por qué, por ejemplo, el peronismo y el arévalo-arbenzismo surgieron tan tarde, si se los compara con los acontecimientos del Brasil, de Chile y de México?

Podríamos sufrir la tentación de ver en ello la obra de la burguesía nacional en la América Latina, que tal vez quiso dar una versión colonial de la "revolución democrático-burguesa" o de una "alian-

za del hierro y el whisky" siguiendo el modelo de la Alemania de Bismarck o de la restauración japonesa Meiji, en el momento en que los vínculos coloniales se encontraban temporalmente debilitados por la depresión de la guerra en la metrópoli imperialista. Pero quizá, si debemos adoptar algún modelo, sería históricamente más justo buscarlo en la revolución democrático-burguesa un siglo atrás, cuando las generaciones de Francia, López, Rosas (antes de que este último, como Betancourt más tarde, cambiara de color), Juárez e incluso Nabuco y Balmaceda simbolizaron los intentos, semejantes en su esencia, de desarrollo nacional.

Cualquiera que sea nuestra respuesta a esta pregunta, tenemos que comprender que ese desarrollo industrial, ese nacionalismo burgués, esa alianza de la clase obrera con elementos burgueses nacionales contra el imperialismo extranjero, los intereses exportadores del país y toda la superestructura ideológica que los acompañan, fueron el resultado de circunstancias históricas particulares que desaparecieron definitivamente después de la recuperación de la metrópoli al finalizar la última Guerra Mundial. Desde entonces, el mundo entero ha experimentado cambios importantes, en particular la revolución tecnológica, la militarización de los Estados Unidos, la revolución y el desarrollo socialista en algunas excolonias. Estos acontecimientos, estas transformaciones ocurridas en la estructura colonial del sistema capitalista mundial, impiden la continuación del desarrollo nacionalista burgués en la América Latina, y parece utópico que éste pudiera cobrar un nuevo impulso en el futuro —o más bien utópico para la burguesía, pues en lo que respecta al pueblo, sería un puro suicidio político—. Esto sucede no sólo en la América Latina, sino, como lo muestra el ejemplo de las nuevas neocolonias de



Africa, de Asia y en particular de Indonesia, ello se manifiesta de la misma forma en la parte colonial del sistema imperialista en su conjunto.

El principal enemigo de la humanidad en la actualidad es, por supuesto, el imperialismo. Pero, ¿cómo se expresa esto en el seno de la sociedad latinoamericana contemporánea? ¿Cómo se manifiesta este enemigo y cómo debemos combatirlo? Para tratar de responder a estas preguntas, conviene examinar las complejas relaciones, siempre cambiantes, entre la estructura colonial y la estructura de clase del continente. Podemos empezar con el estudio de algunos problemas planteados por las transformaciones ocurridas recientemente en la estructura colonial.

La relación colonial clásica entre la metrópoli y la América Latina, en la cual la explotación de la última se obtenía sobre todo por la división del trabajo y el monopolio del intercambio de artículos fabricados y de materias primas, fue sustituido, o por lo menos completado, por una nueva forma de explotación, gracias a la inversión extranjera y a la pretendida "ayuda". A medida que la metrópoli alcanza en su territorio formas de producción más intensivas y en particular más complejas tecnológicamente, sustituye cada vez más el simple comercio exterior por inversiones destinadas a la fabricación en el extranjero de bienes de consumo e incluso de ciertos equipos anteriormente importados, pero utilizando equipos y una tecnología también traídos de la casa matriz, situada en la metrópoli imperialista. Las pérdidas de capitales de la América Latina y de las demás colonias, provocadas por los términos del intercambio (y no sólo por su deterioro, deplorada por la CEPAL y la UNCTAD, sino también por la explotación mono-

polista representada por esos términos del mismo intercambio en su nivel menos perjudicial, como en la época de la Guerra de Corea), se aumentaron de este modo por una hemorragia de capitales procedentes de las colonias hacia la metrópoli, cobro de ganancias, de derechos (*royalties*), etc. De este modo, en 1961-1963 los pagos realizados por la América Latina por esos "servicios" financieros "invisibles" alcanzaron el 40% de las ganancias latinoamericanas en el comercio exterior; las regulaciones para los transportes fijadas por el extranjero y los demás servicios se elevaron al 21.5%, o sea, a un total del 61.5% de las ganancias procedentes de los intercambios exteriores, sin haber gastado un centavo en la importación de mercancías. Eso significa un gasto anual de seis mil millones de dólares o el 7% del producto nacional bruto (P.N.B.) del Continente en esos dos años. Recordemos que el deterioro de los términos del intercambio desde el comienzo de los años 1950, de lo que se queja sobre todo la CEPAL, representa una pérdida adicional del 3% del P.N.B.; de acuerdo con las cifras de las Naciones Unidas con respecto al total de los gastos latinoamericanos en la educación, pública o privada, desde el preescolar hasta la universidad, representó el 2.6% del P.N.B. Desde esa época, el monto de los servicios del interés en los gastos del capital pasó del 15% al 19% (en 1966), lo que hace pasar probablemente el total de los pagos de servicios a más del 65% de las ganancias del comercio exterior, o a cerca del 8% del P.N.B., al cual agregaremos el 3% mínimo representando por el deterioro de los términos del intercambio y una pérdida incalculable debida a la explotación de los monopolios. Sin embargo, incluso las salidas calculables de capital son tres o cuatro veces mayores que las mencionadas en la *Segunda Declaración de La Habana* y en los re-

cientes estimados hechos por Fidel. No nos sorprende que, por esa relación colonial y a pesar de una balanza comercial latinoamericana excedentaria, se llegue a un déficit crónico y siempre creciente de la balanza de pagos, el cual, en un círculo vicioso, conduce a la burguesía latinoamericana a depender cada vez más estrechamente del imperialismo. Este problema merece un estudio mucho más profundo de los que se han hecho hasta ahora.

Sin embargo, más grave que esa fuga de capitales es que la estructura de subdesarrollo frena y desvía la orientación del desarrollo nacional; y el imperialismo agrava más la situación en la América Latina al aumentar esas inversiones extranjeras. Los mecanismos institucionales a través de los cuales se efectúa este escape de capital, que va de los pobres hacia los ricos, conllevan también número de interrogantes. ¿Cuál es la fuente de ese capital en la América Latina y, en particular, cómo está financiada esa inversión extranjera, sobre todo norteamericana, en la América Latina? Se comprueba que una parte cada vez menor de los capitales "norteamericanos" invertidos es introducida en la América Latina por los Estados Unidos y que una parte cada vez más considerable está localizada en la América Latina.

De ese modo, según el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, del conjunto de los capitales empleados para las operaciones de los norteamericanos en el Brasil en 1957, el 26% procedía de los Estados Unidos y el resto había sido obtenido en el Brasil, siendo el 36% de origen brasileño y sin nada que ver con las sociedades norteamericanas. Ese mismo año, del capital invertido directamente por los norteamericanos en el Canadá, el 26% procedía de los Estados Unidos y el resto del mismo

Canadá.<sup>9</sup> En 1964, sin embargo, la proporción de inversiones norteamericanas en el Canadá procedentes de los Estados Unidos había bajado en un 5%, lo que reducía a sólo el 15% el promedio de la contribución norteamericana al capital total utilizado por las firmas yanquis en el Canadá durante el período de 1957-1964. El resto de las "inversiones extranjeras" había sido localizado en el Canadá, gracias a las ganancias no distribuidas (42%), a la amortización (31%) y a los fondos obtenidos en el mercado de los capitales canadienses por las sociedades norteamericanas (12%). Según un informe sobre las sociedades norteamericanas de inversión directa que operaron en el Canadá durante el período de 1950-1959, el 79% de éstas obtenía allí más del 25% del capital necesario para sus operaciones en ese país; el 65% de las sociedades obtenían más del 50% de los fondos y el 47%, la totalidad. Existen razones para creer que los norteamericanos emplean mucho más los capitales extranjeros para financiar sus propias "inversiones en el extranjero" en los países subdesarrollados, que son más débiles y menos poderosos que el Canadá. Tal es, por consiguiente, la fuente de la corriente de capitales que, con el aspecto de inversiones, fluye de los pobres países subdesarrollados hacia los países ricos.

No nos sorprende que, entre 1950 y 1965, la corriente de capitales, en lo que se refiere a las inversiones privadas registradas por el Ministerio de Comercio de los Estados Unidos, haya sido de 9.000 millones de dólares en la dirección de los Estados Unidos al "tercer mundo" y de 25.600 millones de dólares en el sentido contrario, es decir, para la América Latina sola, 3.800 millones de dólares de

<sup>9</sup> A. E. Safarian: *Foreign ownership of Canadian industry*, Toronto, McGraw Hill, 1964. p. 235-41.

los Estados Unidos hacia la América Latina y 11.300 millones en sentido inverso.<sup>10</sup> Es necesario, por tanto, examinar con el mayor cuidado el sistema bancario latinoamericano (bancos gubernamentales, bancos privados pertenecientes a nacionales y bancos privados extranjeros), bolsas de valores y otras instituciones financieras, empresas comerciales e industriales pertenecientes a extranjeros o a nativos y muy en particular las empresas mixtas (que tienen propietarios de ambas procedencias), que hacen posible esa corriente de capitales.

La asociación cada vez más estrecha de los capitales nacionales y extranjeros en esas empresas mixtas es de considerable importancia. Otro fenómeno —muy poco estudiado— es el de la reciente creación de empresas mixtas que asocian los capitales extranjeros privados con los gobiernos nacionales de la América Latina, como ocurre en el caso de la "chilenización" del cobre. ¿Quién proporciona el grueso del capital? (Probablemente la América Latina.) ¿Quién se apodera o logra apoderarse del control real de las empresas y, por tanto, decide sobre lo que debe fabricarse, sobre los procedimientos y sobre el equipo industrial que debe emplearse, sobre el momento en que se debe favorecer la expansión o reducirla, etc? (Probablemente los norteamericanos.) ¿Quién recibe el conjunto de las ganancias? (Probablemente los norteamericanos.) ¿Quién sufre las pérdidas cuando la coyuntura es desfavorable? (Probablemente los latinoamericanos.)

¿Cuáles son las consecuencias políticas de esa asociación —o mejor, de esa incorporación— con los

<sup>10</sup> Harry Magdoff: "Economic aspects of U.S. imperialism" en *Monthly Review*, v. 18, n. 6, noviembre 1964.

monopolios imperialistas, no sólo de los intereses de los exportadores latinoamericanos, sino en la actualidad de la misma burguesía industrial, antiguamente burguesía "nacional"? Algunos países de la América Latina han adoptado leyes pidiendo el 49% o el 51% de participación "nacional" en algunas firmas, con el objeto, teóricamente, de "proteger" el interés nacional. Hoy se ve claramente que esas medidas sólo han servido para hundir a los elementos sobrevivientes de la burguesía "nacional" y para fundirlos en el seno de la burguesía imperialista. Algunos gobiernos burgueses de la América Latina propusieron entonces "proteger" o incluso "extender" los intereses "nacionales" al entrar en esas asociaciones mixtas. El único resultado obtenido de ese modo es que esos gobiernos coloniales pierdan incluso el débil poder que les quedaba para las negociaciones, en su asociación demasiado desigual con el imperialismo. Este asunto requiere también ser esclarecido desde el punto de vista científico y político.

El otro aspecto de la ofensiva contemporánea económica y política llevada a cabo por los Estados Unidos en la América Latina es el de la "ayuda extranjera", particularmente en su forma institucional: la "Alianza para el Progreso", y la "integración económica" que han sido denunciadas por la izquierda latinoamericana, pero nunca analizadas realmente. ¿Quién es en sí el aliado de quién y quién ayuda a quien? Está comprobado, lo que podría ser examinado con más detenimiento, que la mayor parte de la ayuda no va incluso a la burguesía latinoamericana y menos aún, por supuesto, a los pueblos de la región, sino más bien a las sociedades de los Estados Unidos que operan en la América Latina. Si la burguesía de este Continente debe beneficiarse con esa parte de la "ayuda", ella no puede lograrlo sino por su asociación con los

monopolios imperialistas. ¿Cuál es, pues, precisamente, la relación de esa ayuda con las inversiones extranjeras? Se denuncian sobre todo las sujeciones monetarias, fiscales, comerciales y de política salarial que caracterizan los préstamos en el extranjero otorgados por las agencias de los Estados Unidos, de las Naciones Unidas y del Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, esa política no sólo favorece a la burguesía imperialista, sino también a la mayoría de los sectores de la gran burguesía latinoamericana, y esta última acepta y aplica esas sujeciones —como, por ejemplo, la devaluación— con entusiasmo. ¿Por qué? Y, ¿cuáles son sus implicaciones políticas?

La Alianza para el Progreso se inició con una propaganda masiva acerca de las reformas agrarias, fiscales, etc., que habían sido comenzadas anteriormente por los círculos más progresistas y más nacionalistas de la burguesía latinoamericana, y que más recientemente fueron apoyadas por su portavoz ideológico, la Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina (C.E.P.A.L.). Pero esos proyectos de reforma pronto fueron guardados en los archivos, al mismo tiempo que los planes económicos que de ellos se desprendían (por razones que tratamos de determinar más adelante); y el lugar de honor fue ocupado desde entonces, como lo confirmó la última reunión "interamericana" de presidentes en Punta del Este en 1967, por proyectos con vistas a acelerar la formación de un mercado común latinoamericano. Esta última proposición es económicamente mucho más realista y goza del apoyo político de los Estados Unidos, de la gran burguesía de los principales países de la América Latina y de los gobiernos que las sirven —comprendiendo el del "nacionalista Frei"—. Es evidentemente mucho más realista tratar de desarrollar la industria ajustando la estruc-



tura colonial al exterior que reformando la estructura de clases en el marco nacional, en esos países de la América Latina, sobre todo si, al hacerlo, el grado de monopolización y el porcentaje de ganancias del monopolio pueden aumentarse en detrimento de la burguesía media ya debilitada y de las clases populares locales, lo que equivaldría a una contrarreforma de la estructura de clase del país. Vale la pena apuntar que esta proposición de "integración económica" ha obtenido también la bendición de ese defensor de los intereses burgueses supuestamente nacionalistas, la CEPAL. Sin embargo, sólo se encuentran media docena de artículos, y ningún estudio serio, sobre la base económica o sobre las consecuencias e implicaciones políticas de ese deslizamiento hacia la integración económica (y con ésta, política y militar) realizada por la burguesía imperialista y latinoamericana. ¿Quién hará la *patria América*, y sobre qué base, el imperialismo o la revolución?

¿Cuál es, pues, la estructura de clases en la América Latina y cómo la lucha anticolonial y clasista llega hasta el socialismo? Nos es preciso examinar sucesivamente la estructura de clases nacional, urbana y rural. Los gobiernos "nacionales" son en su mayoría mucho más colonialistas que las burguesías que ellos representan. Parece válido preguntarse —y con respecto al África contemporánea la respuesta es clara— en qué medida algunos estados nacionales (en el sentido clásico del término), han existido en la América Latina desde la Independencia, y en qué medida la maquinaria estatal ha sido, la mayor parte del tiempo desde entonces, el instrumento de una coalición entre la burguesía metropolitana y los sectores más importantes de las burguesías latinoamericanas, que siempre han sido elementos subalternos, o incluso sólo ejecutores al servicio del imperialismo. Algunos gobiernos militares han sido entronizados para administrar los asuntos del estado de acuerdo con esos intereses, cuando los gobiernos civiles no eran capaces de ello. (Los gobiernos militares actuales de la Argentina y del Brasil representan una nueva tendencia importante y serán estudiados con posterioridad.)

La burguesía exportadora de productos agrícolas y mineros debe su existencia y su supervivencia a la estructura colonial y es leal con su patrón colonial. Esto es cierto a la vez en el sector de la producción y en el del comercio, en el campo como en la ciudad. La "oligarquía" de los latifundios no tiene existencia independiente, y debemos preguntarnos (como lo haremos más adelante, por otra parte) en qué medida se la puede

distinguir de la burguesía comerciante e incluso actualmente industrial. Este último sector de la burguesía, como lo deja ver el examen de las inversiones extranjeras, ha estado también sólidamente integrado a la coalición entre el imperialismo y sus asociados o ejecutores, compradores y burgueses burócratas. La combinación de la penetración imperialista y del deterioro de los términos del intercambio, de la devaluación, de la reducción subsiguiente de las posibilidades de importación de equipo industrial, el descenso del porcentaje de crecimiento y del porcentaje de ganancia y, en algunos casos, la inflación, han llevado casi a la quiebra al industrial "nacional" medio y a su distribuidor, o los han obligado a entrar en el imperio de un "inversionista" extranjero que ha adquirido su negocio. La empresa extranjera lo convierte a veces, literalmente, en un empleado burocrático de la empresa imperialista, dentro de la cual se le permite permanecer como "director" o "consejero" de su antigua firma, dándosele un sueldo o cierto número de acciones. ¿Cuál es la fracción de la burguesía nacional que se desarrolló en condiciones particulares durante los años 30 y 40, y que ha sido capaz de sobrevivir a ese proceso en los años 50 y 60? ¿Qué poder político (suponiendo que aún lo tengan) conservarán aquellos que han sobrevivido, al servicio de cualquier lucha antimperialista, si, como sucede en el Brasil, la presión imperialista los obliga a reaccionar oprimiendo a los obreros, lo que tiene por efecto socavar su antigua alianza con el proletariado industrial sindicalizado que proporcionaba a la burguesía nacional una de sus principales fuentes de poder político?

El desarrollo industrial dio origen a un proletariado importante en algunos países de la América

Latina. Así ocurrió también con las industrias minera y petrolera, aunque esta última nunca represente una parte considerable de los trabajadores. Ese proletariado industrial, sobre todo en la gran industria, se sindicalizó en parte bajo la égida de la burguesía nacional, que pensaba apoderarse de ese modo a la vez del control del movimiento obrero y de su apoyo político, y también bajo el impulso de los partidos comunistas que, de manera general, fueron los aliados de esa burguesía nacional. Los obreros sindicalizados, aunque explotados, a menudo han sido recompensados con elevados salarios (si se los compara con lo que gana el conjunto de la población) y con una seguridad social de la que no gozan los demás. Como la metrópoli se apodera de una porción cada vez mayor de los negocios latinoamericanos más rentable, y arrastra a los demás a dificultades económicas cada vez más graves, la burguesía, que vive de esas empresas menos rentables, no tiene más que luchar por su supervivencia —aun si es en vano—, explotando cada vez más, por el nivel de los salarios como por el de los precios, a la pequeña burguesía, a los obreros, a los campesinos, con el fin de sacar de esta piedra algunas gotas de sangre; y en ciertos momentos, la burguesía latinoamericana debe incluso, para lograrlo, recurrir a la fuerza armada. Por esta razón, sin duda más que por razones idealistas o incluso ideológicas, casi toda la burguesía latinoamericana se ha visto arrojada de ese modo a una alianza política con —es decir en los brazos de— la burguesía metropolitana. Ambas no sólo tienen interés a largo plazo por defender el sistema de explotación capitalista; incluso a corto plazo, la burguesía latinoamericana no puede ser nacional o defender intereses nacionales oponiéndose a la ingerencia extranjera, de acuerdo con los obreros y

los países de la América Latina —como lo quisieran las leyes del frente popular—, porque esa misma ingerencia neoimperialista obliga a la burguesía latinoamericana a explotar aún más a sus supuestos aliados, obreros y campesinos, y a privarse de ese modo de la única fuente de apoyo político que le quedaba. Mientras la burguesía continúe una política de precios y de salarios que explote a los trabajadores y reprima sus legítimas reivindicaciones, no podrá obtener el apoyo de los obreros contra la burguesía metropolitana; al mismo tiempo, la ineficacia económica de esa explotación pone un obstáculo al ahorro nacional para la inversión y obliga a la burguesía a dirigirse al extranjero para recabar allí un financiamiento inmediato.

La burguesía brasileña ha tratado de descubrir otro medio para salir del paso: en primer lugar, por la política extranjera "independiente" de los presidentes Quadros y Goulart (que buscaron nuevos mercados en África, en la América Latina y en los países socialistas), y cuando eso se hizo imposible en un mundo ya controlado por el imperialismo, por la política extranjera subimperialista de "la interdependencia", puesta a funcionar por el actual gobierno militar como asociado subalterno de los Estados Unidos. El subimperialismo brasileño exige también bajos salarios en el país, con el objeto de que la burguesía pueda entrar en el mercado latinoamericano con precios de costo poco elevados, los cuales, con un equipo norteamericano pasado de moda pero aún moderno, representan su única ventaja. En los países vasallos de la América Latina, la invasión brasileña también conduce a la disminución de los salarios, puesto que esa política es la única reacción defensiva ofrecida a la burguesía local. De ese modo, el subimperialismo agrava asimismo los

conflictos entre burguesía y clase obrera en cada uno de esos países.

En consecuencia, el neoimperialismo y la ofensiva capitalista de los monopolios en la América Latina dirigen y arrastran a toda la clase burguesa latinoamericana a una alianza y a una dependencia económicas y políticas cada vez más estrechas con respecto a la metrópoli imperialista. El camino que va del capitalismo nacional o estatal al crecimiento económico les ha sido ya cerrado por el desarrollo actual del neoimperialismo. La tarea política que consiste en invertir el proceso del subdesarrollo latinoamericano está destinada, por lo tanto, al mismo pueblo.

En esas condiciones, ¿cuál es el futuro económico y político de ese proletariado industrial y de sus organizaciones políticas? El estancamiento económico reciente en la América Latina se ha expresado, entre otras cosas, por una disminución de los salarios reales de esos obreros. Esto, y la disminución de la fortuna de la burguesía nacional, parece haber socavado seriamente la alianza de la burguesía con la clase obrera. Los golpes de Estados militares de 1964 y 1966 en el Brasil y en la Argentina, que no fueron simples revoluciones de palacio al estilo "tradicional" de esas regiones, comprometieron sustancialmente lo que quedaba de la unión difícil entre los intereses coloniales y nacionales burgueses de las épocas de Vargas y Perón y cimentaron eficazmente la asociación de la industria basada en la exportación imperialista al extranjero, y del comercio burgués. (En el plano internacional, esos golpes de Estado corresponden a la contraofensiva imperialista mundial con la cual se vinculan también los golpes de Estado africanos e indonesio.) ¿Continuará ese nuevo régimen burgués ahogando las demandas económicas y demo-

cráticopolíticas de los, trabajadores industriales, como lo ha hecho el Brasil, o intentará y logrará asimilarse al movimiento obrero, como lo ha hecho la burguesía nacional, quizás siguiendo el modelo mexicano? ¿Cuál será la suerte de los trabajadores y de sus movimientos en los demás países de la América Latina? ¿Han estado los partidos comunistas, cuya principal fuerza política descansa en esa base sindical obrera, integrados real y burocráticamente al orden burgués? ¿Qué papel desempeñarán el proletariado industrial y los partidos comunistas en la etapa actual del proceso revolucionario?

Quedan otros dos "sectores" urbanos: las "clases" medias de la pequeña burguesía, y la población "marginal" o "flotante", de la cual algunos miembros, pero no todos, lejos de esto, han llegado últimamente de las zonas rurales, viven en las favelas, villas miserias, callampas, barriadas, ranchos, etc., y en los conventillos del corazón de las ciudades (aunque una parte de ellos sean obrero o antiguos obreros de la industria). Ellos forman la gran masa, cada vez más creciente, de la población urbana. No es casual que esos grupos de población sean definidos generalmente por su posición en medio de las demás clases y/o por sus condiciones de vivienda. Eso procede de que sus relaciones con los medios de producción o incluso con el proceso de producción son, a lo sumo, inciertas, y que su actitud política es, en el peor de los casos, de suma versatilidad, a causa de las formas sumamente complejas y cambiantes de las relaciones económicas y sociales y del comportamiento político, que requieren un estudio científico profundo. ¿Son los sectores medios, al menos en parte, progresistas, porque, exceptuando la capa superior de la clase media, sus ganancias son reducidas y su horizonte económico y social

limitado por la polarización de la economía y el estancamiento de gran número de sectores? ¿O acaso la reducción de sus ganancias y la amenaza de proletarianización los obligan a seguir una política reaccionaria aliándose a la gran burguesía y a su régimen militar? Importantes sectores de la clase media han apoyado con entusiasmo los golpes de estado militares del Brasil y de otros países, para ser desengañados rápidamente por la política económica de los nuevos regímenes. ¿Por qué esa "clase" media da origen a los movimientos progresistas pequeñoburgueses y principalmente estudiantiles, los cuales, sin embargo, no han representado hasta ahora la mayor parte de su base social? ¿Es realmente correcto refrenar la lucha de clases, con el objeto de conservar o de atraer a esos grupos sociales a una lucha electoral "antimperialista", o es preciso llevar sectores más amplios de la pequeña burguesía a la oposición política contra la gran burguesía latinoamericana y, por lo mismo, contra el imperialismo?

¿Constituye acaso la población "flotante" o "marginal"; que forma cerca de la mitad de la población urbana de la América Latina (la cual forma a su vez cerca de la mitad de la población total) un "lumpen proletariado"? ¿Están sus miembros realmente negados a toda ideología e incapaces de reaccionar y de organizarse en el plano político? El imperialismo y la burguesía no lo creen y los están incorporando, con gran éxito por el momento, a sus propósitos políticos. Eso se manifiesta de manera parcial por el apoyo que esos grupos brindan a Odría, Frei, Adhemar de Barros, etc. Sin embargo, en Caracas la izquierda ha sido capaz de movilizar una parte de esa población, y en Santo Domingo acabó por atraer al coronel Caamaño.

Sería importante saber en qué medida la estructura



de clase rural es distinta y diferente de la estructura de clase nacional y urbana en la América Latina. Este asunto es importante porque los especialistas burgueses y marxistas y los líderes políticos piensan casi unánimemente que, en su conjunto, las regiones rurales de la América Latina forman un mundo "semifeudal", alejado del sistema capitalista urbano, nacional e internacional, y porque una actitud política se deriva de esa manera de ver. ¿Tiene realmente la América Latina una economía y una sociedad "dobles", en una parte de la cual "sobrevive" un tipo de relaciones de producción feudales o semifeudales, e incluso una estructura de clases no capitalista? ¿Exige realmente esa supervivencia una revolución democrático-burguesa o incluso nacional democrática, con el objeto de extender el capitalismo al campo? ¿O acaso es eso una de las series de modelos "marxistas" seudocientíficos y revolucionarios, que llevan los números 12, 13 y 14, y que Fidel denunció en su discurso de la OLAS como una especie de catecismo reaccionario?

El pasado histórico y la realidad contemporánea, cuyo examen científico fue recomendado más arriba, sugieren que, durante más de cuatro siglos, ha sido la estructura colonial capitalista nacional y mundial lo que ha formado las relaciones de producción y la estructura de clases de la América Latina rural. Esta parte de la sociedad no ha estado nunca separada, por consiguiente, de los métodos capitalistas mundiales y nacionales; y, si ha sido diferente, es porque los intereses burgueses de la metrópoli han exigido que la América Latina rural sea así y siga siendo de esa forma. Esa América Latina rural ha sido sometida a la explotación colonial por las metrópolis capitalistas mundiales, a la vez directa e indirectamente a través

de las metrópolis nacionales del Continente. Estas últimas, sometiendo sus zonas rurales (y urbanas) al mismo tipo de explotación colonial "interna" y de extracción de capital que ellas mismas sufren a manos del imperialismo. La burguesía de la metrópoli nacional coopera con el imperialismo en la explotación colonial y clasista de su propio pueblo. Y las fracciones de la burguesía a las que pertenecen los latifundios y que ejercen el control de los monopolios en el comercio interior, por supuesto forman parte integrante de ese sistema capitalista colonial y clasista. En lugar de preguntarnos hasta qué punto esa oligarquía rural es feudal y se encuentra aislada, debemos averiguar como la burguesía de los latifundios (si es realmente rural) está vinculada comercialmente con los grandes monopolios urbanos del comercio y de la industria; en qué medida el latifundio es propiedad de las mismas personas, familias o sociedades que poseen los monopolios de la industria y del comercio; en qué medida los latifundistas sacan las ganancias de la producción agrícola de sus tierras, y en qué medida su propiedad monopolista de la tierra hace sencillamente posible la explotación comercial financiera y política de los que trabajan las tierras de los latifundios y de los alrededores. Pero eso obliga nuevamente a preguntarse cómo la explotación colonial y capitalista crea y mantiene las relaciones de producción en los latifundios y la estructura de clase de la América Latina rural, las cuales parecen "feudales" superficialmente, pero que hacen posible esa explotación capitalista. Por último, debemos preguntarnos quién quiere cambiar esas relaciones de producción —por supuesto que no la gran burguesía del Continente— y cómo —por supuesto que

no por una revolución burguesa democrática "antifeudal" o "antimperialista".

¿Cuál es, pues, la relación esencial entre los grandes comerciantes terratenientes y los que trabajan la tierra en la América Latina? ¿Forman estos últimos un campesinado libre o siervo? Sin duda, una búsqueda más profunda revelará que, sin tener en cuenta las numerosas formas de pago entre los poseedores de la tierra y los que la trabajan, la relación esencial que estos mantienen es —como en la industria— la explotación de los segundos, que no poseen los medios de producción, por los primeros, que son sus dueños. No se conocen bastante las diversas formas de esas relaciones, particularmente en las vastas regiones del Brasil (por ejemplo, el Nordeste), la Argentina, el Caribe y también los países con población indígena, como el Perú y Guatemala, donde importantes fracciones de la población rural están formadas por obreros agrícolas —un proletariado rural— que trabaja por lo que es esencialmente un salario, aunque pequeño e irregular; ellos van de finca, de región en región, e incluso al extranjero (como los braceros de México) cuando las condiciones económicas y climáticas lo exigen; no trabajan exclusivamente para grandes terratenientes, sino, donde y cuando pueden, en la agricultura y en otra parte; son alquilados también por propietarios de mediana y pequeña importancia, e incluso por colonos que los emplean a veces con el objeto de cumplimentar la norma de trabajo que deben a sus propietarios. ¿Cuál es, pues, ese sistema complejo de explotación? ¿Hasta qué punto el proletariado rural se interesa en la tierra, en mayores salarios y en una mayor seguridad del empleo? ¿Y en qué medida los pequeños propietarios y los colonos, que son a su vez explotados pero que contratan mano de obra, están interesados en impedir el aumento de salarios,

el voto y la aplicación de las leyes para el salario mínimo, porque estos temen ver empeorar su situación competitiva frente a la de los latifundios, que pueden soportar mejor esos aumentos? ¿Hasta qué punto esos propietarios y esos colonos son también asalariados —por consiguiente, interesados en el aumento de los salarios— y/o comerciantes —por consiguiente, interesados en precios más elevados o más bajos—, porque la tierra que poseen, o alquilan, o cuya cosecha comparten no basta para alimentar a su familia? ¿En qué medida los propietarios de fincas medianas, que no son en absoluto colonos, sino comerciantes pequenoburgueses rurales y urbanos, empleados o miembros de las profesiones liberales, no se esfuerzan por sacar el máximo de los que trabajan su tierra? Algunos pretenden que los pequeños propietarios y los colonos pueden ser movilizados políticamente antes que los proletarios rurales, y la experiencia revolucionaria parece darles la razón. Pero otros sostienen lo contrario. ¿Dónde en esas condiciones debe empezar el trabajo político, con qué lema y con qué aliados?

Se dice que los indígenas de la América Latina viven en un mundo aparte. Resulta cierto que, en todas partes donde viven, se esfuerzan por preservar su cultura y, donde es posible, una comunidad cerrada, que presenta contra el extranjero un frente unido. Eso ha constituido su mejor protección —insuficiente sin embargo— contra la explotación que sufren desde que fueron llevados al más bajo nivel de las estructuras de clase interna, colonial y nacional. Lejos de estar fuera de esas estructuras coloniales y de clases, ellos son sus miembros más explotados. Como tales, tienen sus sospechas justificadas por cuatrocientos años de experiencia, con respecto a todas las proposiciones que tienden a hacerles aparecer esa explotación por medio de re-

formas dirigidas desde lo alto. ¿Significa esto que ellos se negarían a participar en una lucha revolucionaria venida de abajo si llegan a comprenderla y si esa lucha un día se hace bastante revolucionaria, como para permitir y justificar esa comprensión? El testimonio de la historia enseña que el indígena puede ser movilizad o políticamente, como en Guatemala: de hecho por su acción de masas, puede incitar a la dirección revolucionaria a una militancia más violenta, como en Bolivia en 1952. No se trata tanto de saber si el indio participará en la lucha como de determinar si la dirección revolucionaria será capaz de canalizar esa participación hacia la revolución o hacia el reformismo o la reacción.

Eso suscita problemas referentes a la organización de las luchas por la revolución y las reformas en el campo, y de su relación con la organización política de la revolución en la ciudad, la nación, el continente y el mundo.

Los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial han aparecido hasta ahora, no en la estructura de clases metropolitana, sino en la estructura colonial imperialista. Es aquí donde se han producido las revoluciones soviética, china, cubana y otras. ¿Dónde se encuentran, pues, en la estructura colonial del mundo y de la América Latina, los eslabones más débiles? ¿Qué hace la burguesía imperialista y latinoamericana para tratar de unir esos eslabones por el progreso de la comunidad, la salud, la educación, la "reforma agraria" y otros programas, a los cuales, en la conferencia de Punta del Este, el Che llamó "letrización" de la América Latina? ¿Hasta dónde pueden ser llevados esos programas? El último intento, por ejemplo, es el de mejorar la reputación de las fuerzas militares de la América Latina en los campos, creando

nuevas versiones del programa de "pacificación" imperialista vigente en Viet Nam.

Si podemos encontrar los eslabones más débiles en la estructura colonial y clasista, ¿cómo los haremos saltar? Por supuesto que no predicando la lucha contra un enemigo imperialista invisible ni con explicaciones obtusas para hacer que aparezcan *Wall Street* o tal vez el Palacio Presidencial en la choza del campesino o del obrero agrícola. Ellos se harán por sí mismos demasiado visibles si las masas rurales de la América Latina, o incluso una pequeña parte de ellas, se ponen a luchar contra esos opresores tan viejos e inmediatamente perceptibles como son los agentes políticos y económicos locales del capitalismo nacional y del imperialismo. ¿Qué aliados tendrán esas fuerzas populares? ¿Qué alianzas pueden ellas formar de antemano —y sobre qué base— con los que, en el país mismo, en el continente, en el mundo, estarán en condiciones de ayudarlos en el momento en que las burguesías latinoamericanas y luego imperialistas intervengan para salvar a sus agentes locales y, por consiguiente, toda la explotación colonial y la estructura de clase del capitalismo?

La organización política revolucionaria y su movilización pueden sacar provecho del análisis marxista de las estructuras coloniales y clasistas que conciernen a zonas y regiones particulares. Ese estudio no puede ser llevado a cabo, por supuesto, en el extranjero y de acuerdo con un esquema general preestablecido, sino que debe realizarse por marxistas revolucionarios que se encuentren en el país y participen en la lucha política. Pero el mismo principio se aplica también al trabajo teórico sobre problemas políticos más vastos. La verdadera teoría marxista no puede nacer sino

de la práctica política revolucionaria. y para el intelectual de la América Latina y de otros países subdesarrollados, eso significa también la lucha ideológica.

## V

## Ideología y marxismo

Para justificarse a sí mismas, las estructuras coloniales y clasistas engendran sus contrapartidas, y se encuentra el reflejo de estas últimas en el espejo de la "ciencia" social empleada para estudiarlas. A los ojos de los revolucionarios, el campo de batalla comprende, por consiguiente, como lo sugiere Fidel, el terreno ideológico. Para los sociólogos revolucionarios, la lucha ideológica se extiende hasta el campo de las ciencias sociales. La ideología dominante, incluso la "ciencia social", ha sido forjada por la burguesía de la metrópoli con fines internos y también externos, para su exportación a las colonias. Estas últimas, por lo menos en la América Latina, han estado siempre algo concientes de los elementos colonialistas contenidos en esa ciencia y en esa ideología. Durante los levantamientos nacionales, y sobre todo después de ellos, los sectores nacionalistas han tratado de hacerles resistencia y de sustituirlas. Las alternativas nacionalistas son presentadas como un desafío directo lanzado al orden colonial, y pretenden, pues, ser radicalmente diferentes de la ideología y de la ciencia imperialistas. Pero como esas alternativas proceden de la burguesía nacional latinoamericana, ellas reafirman, antes que oponérsele, el orden de clases dentro del país. Los revolucionarios deben averiguar en qué difieren esa ideología y esa ciencia de la América Latina. Tal vez en el sector ideológico del campo de batalla, como en el sector político y militar, debamos primeramente luchar contra la ideología del enemigo de clase, con el objeto de combatir por este medio al principal enemigo, es decir, el imperialismo.

Durante este último siglo, las más importantes



exportaciones ideológicas de la burguesía imperialista han sido el liberalismo, el positivismo y, actualmente, una especie de pragmatismo tecnológico o de tecnologismo pragmático. Una parte de la burguesía latinoamericana se ha apresurado a aceptar todas esas doctrinas, llegando a ser a veces más papistas que el papa. Algunos sectores burgueses y pequeñoburgueses han combatido los aspectos más claramente colonialistas de esas doctrinas, pero, sin embargo, las adoptaron en sus aspectos esenciales, cuando servían a sus intereses de clase frente al pueblo.

La última invasión ideológica sostiene que la "habilidad" y la tecnología norteamericana pueden resolver todos los problemas de los pueblos del universo, si estos últimos consienten el dejarlas aplicar sin intervenir. En la industria, ello se expresa por las inversiones extranjeras y un mayor grado de monopolización —y de desempleo—. En la agricultura, conlleva el empleo de los métodos, de las semillas, de los abonos, de las máquinas agrícolas norteamericanas, etc., y una producción cada vez mayor de abono y de máquinas de la Standard Oil y de la Ford. Para la población, la pastilla anticonceptiva, las medicinas —y las sociedades farmacéuticas—. En el plano cultural, el *American way of life* por los *mass-media*, la educación "popular", la supuesta "ciencia" estadística de ordenadores, etc., todo ello contra cualquier revolución política y social. La gran burguesía latinoamericana acepta sin chistar como asociada subalterna. Los elementos "nacionalistas" y una parte de la pequeña burguesía rechazan la parte "norteamericana", pero aceptan la tecnología: pretenden aplicarla por sí mismos —¡y mejor!—. Se puede decir que la ofensiva ideológica imperialista en las ciencias sociales ha adoptado, en una

época reciente, dos formas principales: el estructuralismo, que degeneró en institucionalismo, y el culturalismo o *behaviourismo*. El estructuralismo dominó durante mucho tiempo la economía y la sociología que pretendían analizar la estructura del mercado y la estructura social. Pero se trataba —y se sigue tratando— del estudio abstracto de formas idealizadas de un mercado competitivo o de una sociedad basada en un consenso que puede referirse a cualquier sistema social imaginario que va desde el núcleo familiar hasta todo el universo, pero que no explica ningún sistema social real particular. O bien los estructuralistas hablan de estos o aquellos sistemas sociales particulares, los cuales son siempre elementos locales, regionales o nacionales y no el conjunto social determinante. Ese "estructuralismo" abstracto o concreto, pero limitado, desvía la atención del investigador del verdadero sistema capitalista en su escala mundial, de su estructura colonial o de clase y de la historia de su desarrollo que han determinado la realidad social a la vez en las partes metropolitanas y coloniales del sistema imperialista.

Las recientes explicaciones de la ciencia social metropolitana y su exportación a los países subdesarrollados desvían mucho más la atención del investigador de los problemas sociales y políticos y de su solución. El institucionalismo describe las instituciones políticas y sociales supuestamente pertenecientes a la sociedad burguesa y a la "democracia", tal como ellas se presentan al examen superficial. El culturalismo se ocupa ante todo de las manifestaciones culturales de la estructura económica y social subyacente y, más recientemente, incluso de las características sico- (es decir individuales) culturales. El *behaviourismo*, que

se intensifica en la "ciencia" política e interviene cada vez más en las demás ciencias sociales, definiendo técnicas que recurren cada vez más a los ordenadores para el análisis estadístico riguroso de todo tipo de variable social, sin enfrentarse nunca con la estructura y con la evolución del sistema social, con el objeto de evitar dar la impresión de que es necesario un cambio de estructura. Además de las limitaciones del estructuralismo (que son ventajas desde el punto de vista de la burguesía), esas concepciones degeneradas permiten oponer cosas idénticas y comparar cosas diferentes: es imposible comprender que la metrópoli y sus colonias forman parte del mismo sistema capitalista si uno se limita a observar las diferencias culturales e institucionales (seudoindependientes) que han sido creadas precisamente por las relaciones coloniales. Al mismo tiempo, el descubrimiento de semejanzas superficiales en las instituciones y los comportamientos entre los países capitalistas y socialistas permiten a la burguesía "demostrar" estadísticamente (es decir, con una aparente "neutralidad ideológica") a la clase que ella misma explota, que la estructura de clases no tiene ninguna importancia y, por consiguiente, no necesita ser transformada.

Esa ideología con disfraz científico se propaga en la actualidad en todo el mundo capitalista —e incluso en el campo socialista— por innumerables vías. Los elementos avisados de la burguesía colonial de la América Latina cooperan con alegría en ese proceso, como lo hicieron en el pasado, mientras que algunos elementos burgueses nacionales han intentado efectuar una ofensiva ideológica particular en el campo de las ciencias sociales. Después del levantamiento nacionalista burgués de los años 30 y 40, pero, según parece, con un retraso cul-

tural de una década o incluso más, esos burgueses latinoamericanos fundaron varias instituciones cuyo propósito manifiesto fue el desarrollo de una ideología nacionalista científica. Ante todo y en un primer plano entre ellas, se encuentra la Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina (CEPAL) y su retoño más reciente, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), los cuales tienen su sede en Santiago de Chile. En el Brasil, fue el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB); en la Argentina, el Instituto Torcuato di Tella; en México, la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional (UNAM). Los nombres de sus fundadores, directores y principales colaboradores son conocidos ahora por toda la ciencia social en la América Latina e incluso en los más amplios círculos intelectuales: Raúl Prebisch, Aníbal Pinto, Oswaldo Sunkel, Celso Furtado, Helio Jaguariba, Gino Germani, Pablo González Casanova, etc.

Se conocen sus tesis principales: la metrópoli explota a la América Latina, pero lo lleva a cabo sobre todo por el deterioro de los términos del intercambio. De ese modo deploran una relación colonial, pero no llegan hasta el análisis de la estructura colonial monopolista y del papel creciente que desempeña en ello la ayuda y la inversión extranjeras que los mismos acogen en general favorablemente, con la condición, sin embargo, de rodearla de ciertas "garantías". Atribuyen el subdesarrollo del continente a la lamentable elección del "subdesarrollo dirigido al exterior", hecha en el momento en que la América Latina se despertó finalmente de su letargo feudal, a mediados del siglo XIX. Si la América Latina hubiera elegido entonces "el desarrollo dirigido hacia el interior", no habría sufrido el deterioro de los términos del intercambio

y habría sido capaz de industrializarse. Por tanto, sostienen, ella debería adoptar hoy ese desarrollo capitalista nacional dirigido hacia el interior.

El obstáculo a esta solución, dicen ellos, es la fuerte limitación del mercado interior. En el plano nacional, tienen, por consiguiente, más o menos la misma interpretación que la Alianza para el Progreso y el estructuralismo documentado: la economía y la sociedad capitalista y "progresista", en parte feudal y retrógrada. La reforma agraria, la reforma fiscal, etc., y la planificación económica, esbozados por los industriales y las clases medias "progresistas", evitarían los obstáculos "feudales" e integrarían las importantes poblaciones rurales, en particular los indios, al mercado nacional y a la sociedad. Esos ideólogos "científicos" sostienen que los campesinos pobres son pobres porque se encuentran fuera de la economía de mercados y de la economía monetaria, y que, por esa razón, el desarrollo industrial y económico no se alcanza. Ellos se refieren a sí mismos como "estructuralistas" y se sirven de lo que parece útil en la terminología y en el análisis marxista para proponer una reforma de estructura.

Pero esos "estructuralistas", que se quejan de la explotación por la metrópoli, no estudian ni analizan la estructura colonial interna de la América Latina, la que permite a la metrópoli nacional succionar la mayor parte del capital del campo "feudal" para su propia inversión industrial, por lo demás limitada, y para su desarrollo. Y esos ideólogos de la burguesía nacional tampoco analizan la estructura de clases interna del continente. En vez de ello, importan las más modernas técnicas norteamericanas para el estudio de las "élites" y de la "estratificación social", y sus estudiantes están influidos cada vez más por la nueva tendencia de la metró-

poli a sustituir el análisis político científico para la solución de los problemas latinoamericanos por el análisis estadístico objetivo. En otras palabras, la versión "nacionalista progresista" latinoamericana de esa ciencia social burguesa no difiere más que superficialmente y no fundamentalmente del modelo imperialista.

En segundo lugar, la ofensiva nacionalista ideológica en las ciencias sociales no comenzó en realidad sino en el momento en que el movimiento económico, social y político, del cual surge, dejó atrás su apogeo y comenzó a ser regresivo en la historia. Por último, el imperialismo lanzó, en los años 1960, una contraofensiva en ese campo también, de modo que su "ciencia" el comportamiento neutralizará cada vez más a los elementos pequeño-burgueses de la América Latina, los cuales, hace algunos años, eran todavía progresistas. En este sentido, se puede señalar que el imperialismo cursa actualmente invitaciones a conferencias, ofrece becas de estudios, propone proyectos de "investigaciones" Estados Unidos-América Latina, etc., a la vez en los Estados Unidos y en sus filiales latinoamericanas, para conquistar precisamente a los intelectuales de izquierda que habían despreciado y perseguido hasta entonces.

¿Qué respuesta da la izquierda revolucionaria latinoamericana a esa ofensiva ideológica en el campo de la ciencia social?

Millares de estudiantes y de trabajadores, entre los cuales se encuentran tal vez otro Fidel, otro Che, otro Camilo . . . , buscan una inspiración política y científica diferente a la que le ofrecen la burguesía metropolitana, sus adeptos o reformadores latinoamericanos, o algunos revisionistas marxistas. ¿Deben ser instruidos o guiados por modelos "marxistas, los catorce, trece o doce mo-

delos (ridiculizados por Fidel en la OLAS), según los cuales toda la humanidad pasa forzosa y sucesivamente por etapas que van del comunismo primitivo al comunismo, atravesando el esclavismo, el feudalismo, el capitalismo, el socialismo? ¿Serán unidos esos estudiantes. al igual que el proletariado industrial y agrícola, por los teóricos que les digan —como los ideólogos nacionales burgueses— que la América Latina se encuentra actualmente dividida en dos partes, una que se halla aún en la etapa feudal, y otra que ha llegado ya al período capitalista; que una oligarquía feudal y el imperialismo, pero no la burguesía, ponen obstáculos al desarrollo nacional? La América Latina nunca será llevada a la revolución por la doctrina política derivada de esa pseudociencia “marxista” anatematizada por Fidel en la OLAS:

La famosa doctrina referente al papel de las burguesías nacionales, por ejemplo... cuánto papel, cuántas frases, cuántas vanas palabras se han perdido en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista... y se dice a numerosas personas que el marxismo es eso y ¿en qué se diferencia eso del catolicismo?, ¿en qué se diferencia de una letanía, de un rosario?

Eso significa que la necesidad política nos coloca ante una tarea ideológica que hay que cumplir, a la vez para asegurar la firmeza de los militantes revolucionarios, y para vincularles un número cada vez mayor de latinoamericanos, sobre todo de jóvenes. También tenemos que hacer un importante trabajo teórico para completar la práctica revolucionaria con la teoría indispensable. Y nos es necesario analizar la sociedad latinoamericana, sobre todo la de las regiones rurales, con el ob-

jeto de ayudar a las fuerzas populares en su lucha revolucionaria. Para ello, los marxistas deberán elaborar las ideas directrices y revolucionarias, de las cuales, como dice Fidel, tiene necesidad la Revolución Latinoamericana. La lucidez ideológica sobre esos problemas se hace particularmente importante cuando el movimiento revolucionario está refrenado temporalmente; es en ese momento cuando la firmeza ideológica es necesaria para resistir a las tentaciones —que siempre ofrece la burguesía— de volver a una política reformista, invocando, por ejemplo, la posibilidad y la necesidad de la “paz democrática”, tal como lo hace actualmente el P.C.V. Para alcanzar esa lucidez ideológica y doctrinal, los marxistas deberán trabajar intelectualmente, pero no sólo intelectualmente, inspirándose en el ejemplo del Che, quien era primeramente revolucionario y después intelectual.

Para alcanzar ese objetivo ideológico y revolucionario, que constituye la responsabilidad real del intelectual latinoamericano, y en especial de los marxistas, estos últimos deberán, como también el Che lo descubrió, rechazar todo vínculo institucional con la burguesía latinoamericana e imperialista. El intelectual de la América Latina —y eso es tan cierto para el artista o el escritor como para el especialista en ciencias sociales— deberá tomar conciencia del hecho de que ha trabajado para la burguesía. Deberá comprender también que mientras más agudas se hagan las contradicciones y más avance el proceso revolucionario, menos permitirá la burguesía al intelectual hacer uso de sus instituciones —universidades, editoriales, prensa, etc.— para elaborar una teoría y una práctica marxistas verdaderamente revolucionarias. En algunas partes del continente, ha llegado ya la



hora en la cual las puertas de las instituciones bur-  
guesas se cierran ante los marxistas: en las demás,  
no tardará en llegar. El intelectual latinoamericano  
y marxista deberá decidir si piensa quedarse dentro  
para continuar el reformismo o pasar al exterior  
con los que hacen la revolución.

## INDICE

Introducción	3
I Historia	11
II Nacionalismo burgués	26
III El neoimperialismo	33
IV Estructura de clases	41
V Ideología y marxismo	55



Los documentos que integran la Biblioteca PLACTED fueron reunidos por la [Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad \(CPS\)](#). [Contribuciones a un Pensamiento Latinoamericano](#), que depende de la Universidad Nacional de La Plata. Algunos ya se encontraban disponibles en la web y otros fueron adquiridos y digitalizados especialmente para ser incluidos aquí.

Mediante esta iniciativa ofrecemos al público de forma abierta y gratuita obras representativas de autores/as del **Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia (PLACTED)** con la intención de que sean utilizadas tanto en la investigación histórica, como en el análisis teórico-metodológico y en los debates sobre políticas científicas y tecnológicas. Creemos fundamental la recuperación no solo de la dimensión conceptual de estos/as autores/as, sino también su posicionamiento ético-político y su compromiso con proyectos que hicieran posible utilizar las capacidades CyT en la resolución de las necesidades y problemas de nuestros países.

**PLACTED** abarca la obra de autores/as que abordaron las relaciones entre ciencia, tecnología, desarrollo y dependencia en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. La Biblioteca PLACTED por lo tanto busca particularmente poner a disposición la bibliografía de este período fundacional para los estudios sobre CyT en nuestra región, y también recoge la obra posterior de algunos de los exponentes más destacados del PLACTED, así como investigaciones contemporáneas sobre esta corriente de ideas, sobre alguno/a de sus integrantes o que utilizan explícitamente instrumentos analíticos elaborados por estos.

## Derechos y permisos

En la Cátedra CPS creemos fervientemente en la necesidad de liberar la comunicación científica de las barreras que se le han impuesto en las últimas décadas producto del avance de diferentes formas de privatización del conocimiento.

Frente a la imposibilidad de consultar personalmente a cada uno/a de los/as autores/as, sus herederos/as o los/as editores/as de las obras aquí compartidas, pero con el convencimiento de que esta iniciativa abierta y sin fines de lucro sería del agrado de los/as pensadores/as del PLACTED, ***requerimos hacer un uso justo y respetuoso de las obras, reconociendo y citando adecuadamente los textos cada vez que se utilicen, así como no realizar obras derivadas a partir de ellos y evitar su comercialización.***

A fin de ampliar su alcance y difusión, la Biblioteca PLACTED se suma en 2021 al repositorio ESOCITE, con quien compartimos el objetivo de "recopilar y garantizar el acceso abierto a la producción académica iberoamericana en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología".

Ante cualquier consulta en relación con los textos aportados, por favor contactar a la cátedra CPS por mail: [catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar](mailto:catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar)